

Breve aproximación al pensamiento náhuatl*

Jaime Rivas Castillo*

El presente artículo tiene como eje central la tesis de que los grupos nahuas instalados en Centroamérica antes de la conquista, específicamente en El Salvador, trajeron consigo la herencia cultural de los centros de poder náhuatl ubicados en el México prehispánico. El autor se pregunta por la existencia de un sistema de pensamiento entre los grupos nahuas que, tras sucesivas oleadas, emigraron al istmo. Si existiese tal sistema de pensamiento encontraría su base en la toltecayotl, o la enseñanza de la sabiduría tolteca. Este sería el más valioso legado simbólico de los habitantes de El Salvador prehispánico para las actuales generaciones de salvadoreños.

Introducción

La pregunta podría parecer, a primera vista, irrelevante: ¿concernen al origen de los habitantes de El Salvador el desarrollo de la cultura náhuatl y, más aún, las interrogantes filosóficas formuladas por los pensadores de esa cultura milenaria? Si bien hay una innegable herencia cultural náhuatl —por razones lingüísticas y étnicas, fundamentalmente— entre los salvadoreños, ¿es posible hablar de un legado filosófico propiamente dicho? Sobre lo primero hay suficientes indicios que respaldan la existencia de migraciones de grupos nahuas provenientes de México hacia lo que actualmente es territorio salvadoreño. Los antiguos pipiles son parte de esa herencia. Mas sobre la presunta herencia filosófica hay más dudas que certezas. Ni siquiera en la historiografía salvadoreña se ha

planteado esa interrogante.¹ En gran medida porque no se conocen noticias de documentos antiguos que respalden la existencia de sabios nahuas entre los que emigraron y posteriormente se instalaron en territorio salvadoreño, lo cual se explica, en parte, por la situación marginal que ha ocupado esta zona desde los tiempos de esplendor de los centros de poder ubicados hacia el norte de Mesoamérica. Pero de allí no se sigue su inexistencia.

La falta de evidencia empírica que respalde esta afirmación no impide sostener que los inmigrantes nahuas y sus descendientes instalados en el actual territorio salvadoreño trajeron consigo —imposible determinar en qué grado— los más altos valores de la cultura náhuatl y un auténtico sistema de pensamiento. Las siguientes líneas, pues, parten del convencimiento de que una

Lic. En filosofía por la Universidad Centroamericana, UCA, Profesor de Antropología Filosófica en La Universidad Don

consideración sobre el pensamiento náhuatl concierne a los inmigrantes nahuas que llegaron a El Salvador; más aún, es parte de la herencia cultural de los actuales pobladores salvadoreños, en tanto que ello remite a una parte fundamental de su origen. A la hipótesis probada de la herencia étnica de los salvadoreños respecto de los nahuas se suma una que está a la espera de estudios especializados: la herencia cultural y, más específicamente, la herencia filosófica.

¿Existe un sistema de pensamiento náhuatl?

La interrogante recuerda la preocupación de los pensadores latinoamericanos que a lo largo del S. XX se preguntaron sobre la existencia de una filosofía que pudiera ser llamada *latinoamericana*. Pero no es asunto nuestro insistir en ese debate; sólo baste inscribirnos en la tradición de quienes reivindican la autenticidad de un pensamiento latinoamericano, es decir, un pensamiento elaborado en y desde Latinoamérica, que se haga cuestión no sólo de sus particularidades históricas sino también de los grandes temas tradicionales de la filosofía occidental.

El punto de partida de nuestra pregunta es una constatación: la existencia de una serie de profundas interrogantes sobre el mundo, el

hombre y los dioses que podrían ser integradas en lo que podemos llamar *pensamiento náhuatl*. No está de más subrayar que se trata de un pensamiento estrictamente religioso: el misterio del hombre y la naturaleza no se entiende sin relación con la divinidad. Pero podríamos establecer otras dos relaciones: es antropológico —no se entiende sin relación al ser humano— y cosmológico —el orden cósmico pende de una estrecha relación entre el hombre, la divinidad y la naturaleza.

Encuentros y desencuentros.

Cuando los españoles contemplaron por vez primera el corazón del México Antiguo —México-Tenochtitlán—, el día 8 de noviembre de 1519, los aztecas eran los señores de todo el territorio mesoamericano, incluido el señorío de Cuscatlán. Los aguerridos mexicas, gobernados por su último rey, Motecuhzoma Xocoyotzin, habían sometido al resto de pueblos de la estirpe náhuatl, imponiendo el culto de su dios principal, Sol-Huitzilopochtli. Persuadidos por el reformador Tlacaélel, los aztecas interpretaron —contrario a la tradición milenaria tolteca— que su misión era someter a los señoríos vecinos y ofrecer sacrificios humanos en honor a Huitzilopochtli, para mantener el orden cósmico que, según la

tradición náhuatl, había sido establecido tras la llegada del Quinto Sol o sol de "movimiento". Miguel León-Portilla apunta que *"en honor de Huitzilopochtli se empezó a edificar luego (...) un templo mayor, rico y suntuoso. En él se iban a sacrificar numerosas víctimas al Sol-Huitzilopochtli, que había llevado a los mexicas a realizar grandes conquistas: primero de los señoríos vecinos, y luego de los más lejanos de Oaxaca, Chiapas y Guatemala"*.²

Pero la tradición del pueblo azteca —al igual que la del resto de pueblos de lengua náhuatl— tiene su raíz en la nación tolteca que habitó la región desde el siglo IX a.C., hasta su final decadencia en el siglo XII d.C., cuyos valores más íntimos nada tienen que ver con los sacrificios humanos ni con la guerra. Los toltecas habían desarrollado una compleja cosmovisión fundida en un fino legado cultural, que expresaba lo propio de su ser: la toltequidad o *toltecáyotl*.³ De hecho, la mayoría de estudiosos de ese período definen la *Toltecáyotl* como "el conjunto de las artes e instituciones de los toltecas", lo más elevado, noble y refinado de su cultura: *"Conjunto de tradiciones y descubrimientos debidos a los toltecas. Conviene destacar el hecho de que los nahuas del período inmediatamente anterior a*

la Conquista, atribuían a todo lo más elevado de su cultura un origen tolteca. Así hablan del artista como de un toltécatl; del orador como un ten-toltécatl (tolteca del labio, o de la palabra). Esto prueba, por una parte, la que se ha llamado "conciencia histórica" de los nahuas, así como su afán de superación y cultura que los lleva a comparar a sus sabios y artistas con lo que era para ellos el símbolo del saber".⁴

Una pieza importante en la transmisión de la milenaria sabiduría tolteca es la obra del sacerdote Quetzalcóatl, *Ce Ácatl Topiltzin*, a quien *"se atribuye la invención de las artes, elevadas doctrinas religiosas y todo lo grande y lo bueno: aquello —* prosigue León-Portilla *— que llegó a connotar en resumen la voz toltecáyotl, la toltequidad, el conjunto de las creaciones de los toltecas"*.⁵ De ahí que a los *"sumos sacerdotes, a los directores supremos de los calmécac, dieron el título de Quetzalcóatl, evocando así el genio tolteca por excelencia"*.⁶ Quetzalcóatl, el héroe cultural, es muchas veces confundido con Quetzalcóatl, la Serpiente emplumada, deidad suprema de la cultura náhuatl: *"Quetzalcóatl es deidad de múltiples rostros que reflejan, por encima de todo, sabiduría extraordinaria e inclinación constante de favorecer a los seres humanos. Sus actuaciones en el*

mundo de los dioses no tienen número".⁷

Las doctrinas enseñadas por Quetzalcóatl, el héroe cultural, fueron retomadas entre los mexicas, en especial en el señorío de Tezcoco, por los tlamatinime, los sabios del mundo náhuatl, que se plantearon los más profundos interrogantes acerca del destino del hombre en la tierra, la doctrina de la divinidad y la posibilidad de decir palabras verdaderas. Del señorío de Tezcoco proviene la figura de Nezahualcóyotl, probablemente el más importante poeta náhuatl. Nezahualcóyotl, apunta José Luis Martínez, fue un hombre en el que se reunieron, de manera admirable, las más altas condiciones humanas de su tiempo: *"En Nezahualcóyotl se unían de manera excepcional las aptitudes a menudo irreconciliables del guerrero, el gobernante, el constructor, el sabio en las cosas divinas y el poeta, dentro de las características que estas actividades tenían en el mundo indígena"*.⁸

Como sabio que era, Nezahualcóyotl indagó sobre la fugacidad de la vida humana, la relación con los dioses, el misterio de la divinidad y la *"flor y el canto"* (*in xochitl, in cūlcatl*). Miguel León-Portilla le dedica sendas páginas al poeta náhuatl por excelencia, destacando la profundidad de sus reflexiones y la perseverancia de su espíritu.

En definitiva, es la noción de *Toltecáyotl* la que vertebra las siguientes líneas. De ahí que intentemos proceder paso a paso. En el primer capítulo se presta atención a dilucidar el misterio de Quetzalcóatl, la divinidad y el hombre, destacando el legado de este último en la difusión de la *Toltecáyotl*. En el segundo, se hace un esbozo de la cosmovisión tolteca transmitida a lo largo de los siglos, que sirve como base de la nación azteca que, como ya se ha destacado, fue la predominante en la época de la Conquista. Finalmente, en tercer capítulo, se hará hincapié en los cuestionamientos de los *tlamatinime*, poniendo de relieve sus más profundos interrogantes en torno a la divinidad y el destino del hombre en la tierra. En las siguientes líneas se seguirá el esquema planteado por Miguel León-Portilla, por considerar que mantiene una argumentación consistente. En la medida de lo posible, se tratará de incorporar un cierto matiz que ligue lo que ocurría en el centro del poder imperial azteca con una de sus más remotas márgenes: el señorío de Cuscatlán y sus alrededores.

1. Quetzalcóatl

La figura de Quetzalcóatl es uno de los más grandes misterios de la religiosidad, la sabiduría y la cultura de los nahuas. En muchos

códices, transcripciones de textos antiguos y en los vestigios arqueológicos, Quetzalcóatl aparece representado como la Serpiente emplumada, deidad suprema; paralelamente, aparece asociado a los relatos acerca del príncipe y sacerdote *Ce-Ácatl Topiltzin*, creador de las artes y de la visión de mundo de los antiguos toltecas. León-Portilla compara la figura de Quetzalcóatl con Buda en el Oriente, Cristo en Occidente y Mahoma en el ámbito musulmán.⁹ Como quiera que sea, hace hincapié en la distinción entre la divinidad¹⁰ —la Serpiente emplumada— y el hombre¹¹ —el héroe cultural—.

Símbolo primordial de Quetzalcóatl-dios es la serpiente, *cóatl*, de cuyo cuerpo nacen plumas de quetzal. Imagen que se halla presente en vastos territorios del ámbito mesoamericano desde antes de la era cristiana. Posteriormente, la Serpiente emplumada aparece con rasgos felinos y es asociada a la luz (su dios, Tlahuizcalpantecuhtli), la lluvia (Tláloc) y el viento (Ehécatl). Quetzalcóatl es, además, una realidad una y dual: su nahual o doble es *Xolotl*. En algunos casos es identificado con el dios supremo, *Ometéotl*, el señor dual por excelencia, concebido por los toltecas como un "principio ambivalente", de rostro masculino y cuerpo femenino: "*Señor y*

Señora de nuestra carne"¹²: *Así es en verdad; fue por merecimiento del señor Quetzalcóatl, el inventor de los hombres, el hacedor de los seres humanos...que es Señor y Señora de la dualidad. Así se transmitió la palabra...*(Códice florentino).¹³

Pero el carácter más interesante de Quetzalcóatl-dios es su vínculo con el mantenimiento del Quinto Sol, el "sol de movimiento" y la creación de la quinta humanidad, que es resumido en la "Leyenda de los soles", un canto que narra la hazaña de Quetzalcóatl en el *Mictlán* (la región de los muertos) para robarse de allí los huesos de los antepasados y darle vida a los nuevos hombres. De ese canto se entresacan las siguientes líneas, cuya riqueza ilustra el origen divino de la humanidad. "Y luego fue Quetzalcóatl al Mictlán. Se acercó a Mictlantecuhtli y a Mictlancihuatl y en seguida les dijo: Vengo en busca de los huesos preciosos que tú guardas, vengo a tomarlos (...) Y una vez más dijo (Quetzalcóatl): los dioses se preocupan porque alguien viva en la tierra (...) Recoge los huesos, los junta, hace un lío con ellos (...) Los molió y los puso después en un barreño precioso. Quetzalcóatl sobre él se sangró su miembro (...) Y dijeron: han nacido, oh dioses, los macehuales (los merecidos por la penitencia). Porque, por

nosotros hicieron penitencia los dioses (Leyenda de los soles).¹⁴

Fruto, pues, del sacrificio de Quetzalcóatl, los *macehuales* o "merecidos" son llamados a la tierra para mantener el orden cósmico mediante el rito de "merecimiento", es decir, una especie de retribución de los hombres a los dioses por el hecho de haber sido recreados en el marco del "sol de movimiento". Con la hazaña de Quetzalcóatl queda establecido el pacto entre los dioses y los hombres: los primeros "se preocupan porque alguien viva en la tierra" y, los segundos, en retribución, son "los merecidos por la penitencia" de los dioses. Del equilibrio de estas fuerzas pende el mantenimiento del orden cósmico.

Ese orden se manifiesta en la estrecha unión que ata a los hombres con los dioses, de modo que "las divinidades nahuas no son lejanísimos seres erigidos en jueces que premian o castigan los actos de los hombres, no son los habitantes de un mundo inaccesible. Son espíritus cercanos, familiares y proteicos, que participan de toda la vida del pueblo escogido. Presiden y determinan la siembra y la cosecha, deciden las acciones cotidianas, desde las más elevadas a las más triviales, gobiernan los hogares, guían a las multitudes, establecen la paz y la guerra,

señalan los deberes, reclaman el exacto cumplimiento de todas las obligaciones, constituyen las supremas y fundamentales razones del Estado. Capaces de adoptar las más inesperadas formas, se aparecen como seres y como cosas. Son unas veces hombre y otras veces mujer. Se encarnan en la bestia que los simboliza. Se manifiestan en la piedra que los representa".¹⁵

La figura de Quetzalcóatl-hombre, el héroe cultural, es fundamental en toda la cosmovisión náhuatl. A él se debe, como ya se ha afirmado, la creación de las artes de los toltecas. El sacerdote tolteca es símbolo del más elevado espiritualismo en el ámbito de la América precolombina. Príncipe de Tula¹⁶ y constructor de grandes obras fue el transmisor de la cosmovisión tolteca heredada a los pueblos nahuas tardíos (aztecas, tlaxcaltecas, texcocanos, entre otros). El historiador indígena Chimalpain refiere: "*Entonces nació, nuestro príncipe Áxítl, Quetzalcóatl, allá en Tula. Pero en verdad no nació, porque sólo había regresado para venir a manifestarse allí. De dónde regresó, no se sabe a punto fijo, como lo refieren los ancianos...*" (CHIMALPAIN, *Memorial breve acerca de la fundación de Culhuacán*).

Chimalpain concebía la *toltecáyotl* como un ejercicio mediante el cual se reproducía en pequeño la acción del que engendra y concibe, atributo supremo del Dios de la Dualidad. Con ello, el sacerdote Quetzalcóatl confería a la toltequidad un carácter divino. Por esa razón, algunos autores se refieren a la *Toltecáyotl* como el arte que realizan los toltecas con el "corazón endiosado".¹⁸

León-Portilla señala que el artista náhuatl experimenta una especie de "proceso psicológico" de endiosamiento, que le impulsa a desarrollar sus artes, en virtud de la movilidad que pesa sobre su corazón: "Fruto del diálogo sostenido con su propio corazón, que ha rumiado, por así decir, el legado espiritual del mundo náhuatl, el artista comenzará a transformarse en un *yoltéotl*, "corazón endiosado", o mejor, movilidad y dinamismo humano orientados por una especie de inspiración divina (...). Será una especie de "ladrón de flores y cantos", buscador del símbolo adecuado que pueda incorporarse a las piedras, al papel de amate de los códices, al metal precioso, a las plumas finas o al barro".¹⁹

El relato indígena dice que Quetzalcóatl, al final de sus días, se marchó de Tula para ir en pos de la Tierra del color negro y rojo

(colores sagrados de los códices náhuatl). El sacerdote aparece en regiones lejanas; luego desaparece, retorna y se vuelve a manifestar, trazando un círculo de ausencias y presencias que marcará el orden cósmico náhuatl. Es trágica — señala León-Portilla— la confusión de los aztecas que creyeron que la llegada de Hernán Cortés y los suyos era el retorno del sacerdote. Este carácter misterioso cuasi-divino del príncipe, "Nuestro príncipe", es posible causa de la confusión con la Serpiente emplumada, deidad del mundo náhuatl. El hecho de no saber "a punto fijo" su origen alimenta también la visión mítica del sacerdote que defendía, más que los sacrificios humanos y las guerras, el sacrificio personal, la meditación, el ejercicio de la *toltecáyotl* en la tierra y la búsqueda de la sabiduría que se alcanza sólo en el país del color negro y rojo.

2. El legado de Quetzalcóatl

Es obra del príncipe Quetzalcóatl integrar y transmitir una compleja visión de mundo contenida en varios mitos comunes a distintos pueblos de Mesoamérica. Para los sabios (*tlamatinime*) de los siglos XIV a XVI —en el marco del encuentro entre los dos mundos—, Quetzalcóatl seguía siendo el creador de toda la

cosmovisión náhuatl. Lo más refinado de su cultura era asociado a los antiguos pobladores de Tula en la voz náhuatl *Toltecáyotl*. La imagen "estática" del mundo náhuatl es resumida por León-Portilla en las siguientes líneas: "La superficie de la tierra (*tlalticpac*) es un gran disco situado en el centro de un universo que se prolonga horizontal y verticalmente. Alrededor de la tierra está el agua inmensa (*teo-atl*) que extendiéndose por todas partes como un anillo, hace del mundo "lo-enteramente-rodeado-por-agua" (*cem-a-náhuac*). Pero, tanto la tierra como su anillo inmenso de agua, son algo amorfo e indeferenciado. Porque el universo se distribuye en cuatro grandes cuadrantes o rumbos, que se abren en el ombligo de la tierra y se prolongan hasta donde las aguas que rodean al mundo se juntan con el cielo y reciben el nombre de agua celeste (*Ilhuica-atl*). Los cuatro rumbos del mundo implican enjambres de símbolos. Los nahuas los describían colocándose frente al poniente y contemplando la marcha del sol: allá por donde éste se pone, se halla su casa, es el país del color rojo; luego, a la izquierda del camino del sol, está el sur, el rumbo del color azul; frente a la región de la casa del sol, está el rumbo de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizados por el color blanco; finalmente a la derecha de la ruta del sol se extiende el cuadrante

negro del universo, el rumbo del país de los muertos (...). Verticalmente, arriba y abajo de este mundo había 13 cielos y 9 infiernos. Estos últimos son planos cada vez más profundos, donde existen las pruebas que deben afrontar durante cuatro años los descarnados (los muertos) antes de descansar por completo. Arriba se extienden los cielos que, juntándose en un límite casi metafísico con las aguas que rodean por todas partes al mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos que corren en distintos planos, separados entre sí por lo que describen los nahuas como travesaños celestes. En los cinco primeros planos están los caminos de la luna, las estrellas, el Sol, Venus y los cometas. Luego están los cielos de los varios colores, y por fin el más allá metafísico: la región de los dioses y por encima de todo el *Omeyocan* (lugar de la dualidad), donde existe el principio dual generador y conservador del universo.²⁰

El principio "dinámico" de esta cosmología es introducido por la acción del dios dual, *Ometéotl*, cuyos cuatro hijos (los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua) actúan desde uno de los cuadrantes de la tierra, introduciendo en el universo los conceptos de lucha, edades, cataclismos, evolución y orientación espacial de los tiempos.

Ello da pie a las grandes luchas cósmicas (entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, por ejemplo) en las que el predominio de un principio o dios marca un Sol o era cósmica. La destrucción de una era da paso a un nuevo Sol, en el que las plantas y los *macehuales* parecen ir evolucionando hacia formas mejores. Quetzalcóatl, se ha afirmado ya, habría propiciado el origen del Quinto Sol, el actual. Pero, "el destino final de nuestra edad —anota León-Portilla— será también un cataclismo: la ruptura de la armonía lograda".²¹ Ante el cataclismo inminente surgieron dos vías antagónicas posibles: por un lado, la actitud guerrerrista e imperialista de los aztecas para fortalecer el Sol-Huitzilopochtli ("visión *Huitzilopóchtlica* del mundo"), y, por otro lado, la concepción metafísica acerca de la divinidad y el destino del hombre, motivo de los cuestionamientos de los *tlamatinime*. Esta habría sido la que nutrió a los inmigrantes nahuas que se desplazaron hacia Centroamérica.

Por tanto —resumiendo—, el legado de Quetzalcóatl comprende tanto la visión del mundo náhuatl, la creación de orden cósmico por los dioses, como la *toltecáyotl*, el acto creador de los toltecas, imagen en pequeño de la acción de los dioses. De este modo, difiere en lo fundamental de la visión

imperialista de los aztecas. La meditación del sabio Quetzalcóatl gira en torno de la imagen de la visión de mundo arriba descrita, destacando la constante amenaza de nuevas destrucciones cósmicas y evocando la búsqueda de un saber de salvación. Ese saber apuntaba, en primer lugar, a la concepción del dios dual, Ometéotl, Señor y Señora de la dualidad. De ese saber se desprendía también el origen y destino del hombre en la tierra: "*Y sabían los toltecas que muchos son los cielos; decían que son trece divisiones superpuestas. Allí está, allí vive el verdadero dios y su comparte. El dios celestial se llama Señor de la dualidad y su comparte se llama Señora de la dualidad, Señora [celeste]. Quiere decir: sobre los cielos es rey, es señor. De allí recibimos la vida nosotros los macehuales (los hombres). De allá cae nuestro destino, cuando es puesto, cuando se escurre el niño. De allá viene su ser y destino; en su interior se mete: lo manda el Señor de la dualidad...*" (Códice matritense de la Academia de la Historia).²²

Para alcanzar ese saber había que marchar al país del color negro y rojo, Tlillan Tlapallan; es decir, a la morada del saber, más allá de la muerte. Pero mientras se llegaba allá, se debía imitar la sabiduría del dios dual, o sea, la

creación de la toltecáyotl y de la destrucción de los soles y los mundos.

3. "Los que saben algo"

Los sabios nahuas de los siglos XIV al XVI se opusieron a la actitud guerrera azteca. Prendidos del legado de Quetzalcóatl se entregaron a las artes de los antiguos toltecas y desarrollaron las más profundas interrogantes que pueden equipararse a las cuestiones filosóficas entendidas en el sentido occidental del término. León-Portilla resume este hecho como sigue: "Mientras en México-Tenochtitlán y en todos sus vastos dominios, se había impuesto, gracias a Tlacaélel, esa visión místico guerrera del mundo que hacía de los aztecas el pueblo elegido del Sol-Huitzilopochtli, en varias de las ciudades vecinas vivían pensadores profundos, cuyas ideas se orientaban por rumbos distintos. De hecho (...) más de una vez esos sabios y poetas, que hablaban también la lengua mexicana o náhuatl, condenaron la actitud guerrera de los aztecas".²³

Su oposición a la tradición militarista es, pues, el principal rasgo que caracteriza a los *tlamatinime*. Éstos, por el contrario, entendieron y prosiguieron las enseñanzas de Quetzalcóatl y de la cosmovisión tolteca arriba descrita. Se preguntaron por el

destino y por el sentido último del hombre en el mundo. La divinidad los desconcertaba. La búsqueda de la sabiduría, la Toltecáyotl, sería una de las respuestas ante el desconcierto: de alguna manera, el tender a la región de la sabiduría (*Tlillan, Tlapallan*) aproxima a los hombres hasta los dioses o, lo que es lo mismo, los hombres imitan a los dioses consagrándose a la sabiduría. No obstante, gran cantidad de enigmas les quedaban irresueltos: *¿Acaso son verdad los hombres? Por tanto ya no es verdad nuestro canto. ¿Qué está por ventura en pie? ¿Qué es lo que viene a salir bien? (...) ¿Acaso hablamos algo verdadero aquí, Dador de la vida? Sólo soñamos, sólo nos levantamos del sueño. Sólo es como un sueño... Nadie habla aquí la verdad...* (Cantares mexicanos).²⁴

León-Portilla hace énfasis, en varios de sus escritos, sobre el origen del término "verdad" en náhuatl (*neltiliztli*), destacando la idea de fijación o fundamento.²⁵ En virtud de ello, preguntarse sobre la verdad de los hombres en la tierra equivaldría a cuestionarse por su carácter de fijación en la misma. Pero, como se ha visto, la fugacidad y el carácter transitorio de la vida humana parece serle lo más propio. El convencimiento de la fugacidad de la vida humana en la tierra es, pues, otro rasgo que comparten los sabios del mundo náhuatl. La vida humana se

presenta como un sueño: se pone en duda y se cuestiona la posibilidad de decir palabras verdaderas en torno al hombre y los dioses. Algunos *tlamatinime* llegan a la siguiente conclusión: sólo a través de la poesía, es decir, de la "flor y el canto", es posible decir palabras verdaderas en la tierra: "La poesía y el arte en general, "flores y cantos" son para los *tlamatinime*, expresión oculta y velada que, con las alas del símbolo y la metáfora, puede llevar al hombre a balbucir, proyectándolo más allá de sí mismo, lo que en forma misteriosa, lo acerca tal vez a su raíz. Parecen afirmar que la verdadera poesía implica un modo peculiar de conocimiento, fruto de auténtica experiencia interior, o si se prefiere, resultado de una intuición.²⁶

Las interrogantes más radicales, pues, pasaron por las mentes y corazones de los sabios náhuas. Pese a las constantes dudas de que habla León-Portilla, al menos una cosa tenían por verdadero (fundamentado): su ser estaba inexorablemente ligado a los dioses y al cosmos y de esa ligazón dependía su sostenimiento.

Conclusión

Los inmigrantes nahuas que se desplazaron hacia el territorio salvadoreño habrían traído consigo los valores más íntimos de su

cultura, se habrían asentado y habrían hecho su vida en lo que hoy es El Salvador. Lo más íntimo de esa cultura es lo siguiente:

La *Toltecáyotl* es lo más propio del sistema de pensamiento náhuatl, su corazón, cuyas manifestaciones espirituales y materiales reúnen lo más fino y noble de esa cultura enclavada en el territorio de Mesoamérica, incluido el señorío de Cuscatlán. A los dominios de la *Toltecáyotl* pertenecen, pues, no sólo la sabiduría milenaria transmitida por "los que saben algo", sino los interrogantes filosóficos más profundos, comunes a otras regiones del mundo.

El héroe cultural Quetzalcóatl es el creador, de acuerdo a la tradición náhuatl, de la sabiduría y de las artes de los toltecas, pueblo al que las posteriores gentes nahuas vuelven su mirada para confrontar su grado de fineza. Los toltecas, de este modo, aparecen como los ancestros espirituales de los nahuas tardíos, entre ellos los aztecas de la Conquista y de los que se instalaron en territorio salvadoreño. Es, pues, Quetzalcóatl el creador de la *Toltecáyotl* y una de las figuras más emblemáticas de la cultura náhuatl. Su marcha al país de la sabiduría institucionalizaría entre los nahuas el ejercicio de la *Toltecáyotl* para aproximarse a los dioses.

Es gracias a la divinidad Quetzalcóatl que se ha establecido la "quinta humanidad", es decir, la humanidad del Quinto Sol, luego de cuatro eras (soles) acabadas. Quetzalcóatl, la Serpiente emplumada, habría bajado al país de los muertos para dar vida a la nueva humanidad y establecer el orden cósmico. Como retribución, los hombres, macehuals, deben hacer "merecimiento".

La inminencia de un nuevo cataclismo, la destrucción del orden cósmico, suscita entre los aztecas una actitud imperialista y sacrificial para mantener vivo al Sol-Huitzilopochtli. Por el contrario, entre los sabios, *tlamatinime*, se profundiza en las enseñanzas de Quetzalcóatl, el héroe cultural, una de cuyas máximas apunta a no realizar sacrificios humanos y, por el contrario, emprender el sacrificio personal. Esta actitud es la que habría nutrido a los grupos nahuas que se desplazaron hasta territorio centroamericano.

Los *tlamatinime* de los siglos XIV al XVI se cuestionan sobre los más profundos misterios de la divinidad y de la existencia de los hombres en la tierra. La posibilidad de decir palabras verdaderas también queda en entredicho. Al parecer, lo único que tiene fundamento es lo expresado a través de la poesía, la "flor y el canto". No hay indicios de la existencia de *tlamatinimes* en

El Salvador de la época, pero de ello no se sigue necesariamente que no los haya habido.

Es, sin lugar a dudas, la observancia de la *Toltecáyotl* lo que anima el espíritu de los sabios y artistas nahuas. En definitiva, suscribiendo la tesis de la existencia de un sistema de pensamiento entre los indígenas antes de la Conquista, es posible afirmar que la *toltecáyotl* es la más convincente prueba de ello. Indagar sobre los indicios de su existencia en suelo salvadoreño puede ser un ingente reto —que podría llevar a más dudas que certezas—; pero de lo que no hay duda es que el auténtico espíritu náhuatl ha existido a lo largo de los siglos entre los salvadoreños, pero su raíz se pierde con el pasar de los años. Llegar hasta esa raíz es tarea ineludible para re-conocer la identidad de los salvadoreños. Qué mejor que culminar con los versos del mismo Geoffroy Rivas, anhelando destellos de eternidad: "¿He de marcharme entonces? ¿Sólo un instante viviré sobre el mundo? ¿Cómo la flor del tiempo, iré perdiendo pétalo tras pétalo? ¿Nada quedará entre vosotros? Hasta las piedras finas se rompen. El oro se destruye. Se rasgan las plumas preciosas. ¿Qué ha de hacer mi corazón entonces? ¿Nada será mi nombre alguna vez? ¿En vano he venido a la Tierra? ¡Oh, amigos! No dejéis que perezca del todo. Conservad este canto." 27

Bibliografía

LEÓN-PORTILLA, M. *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, UNAM, México 1974.

Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares, FCE, México, 1998.

Quetzalcóatl, FCE, México 1968.

MARTÍNEZ, J. L. *Nezahualcóyotl, vida y obra*, FCE, México 1975.

GEOFFROY RIVAS, P. "La poesía mágica de los nahuas", en *Cultura*, No. 31, El Salvador, Ene-marzo de 1964.

Citas bibliográficas

* El contenido fundamental de estas líneas fue elaborado en el marco del curso "Filosofía Latinoamericana", impartido por Héctor Samour en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA), marzo-julio, 2003.

1 Hay que resaltar los interesantes trabajos del historiador Jorge Lardé y Larín y del antropólogo y poeta Pedro Geoffroy Rivas, quienes, entre otros, se han preocupado por descifrar los misterios que ligan la cultura contemporánea de los salvadoreños con sus raíces indígenas. Sin embargo, tales intentos, desde la perspectiva histórica y antropológica, no han encontrado continuidad ni sistematicidad dentro de la comunidad académica salvadoreña en los últimos años. De más está decir que, desde una

perspectiva filosófica, la ausencia de estudios es mayor.

2 LEÓN-PORTILLA, M. *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, FCE México 1998, P. 97.

3 Sostiene Miguel León-Portilla que "el término *toltecáyotl* connotaba en la lengua de los nahuas el conjunto de las artes, artesanías e ideales más elevados de la cultura tolteca. Al atribuir los informantes [de Sahagún] las creaciones de la *toltecáyotl* a esa etapa cultural que claramente reconocen es muy anterior a Teotihuacán y a la Tula histórica, en realidad se valen de este bien conocido término para afirmar que, como en el caso de la antigua sabiduría o *tlamatiliztli*, los orígenes de algunas de esas artes que después cultivarían los toltecas debían también situarse en los mismos tiempos en que vivieron los primeros poseedores del calendario" (Ver, LEÓN-PORTILLA, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, UNAM, México 1974, P.291). La *toltecáyotl* era también asociada al arte de la enseñanza náhuatl que, como deja bien sentado Miguel-Portilla, era una institución importante en el mundo de los nahuas: "Este era el supremo ideal humano al que se dirigía la *Tlacahuapahualiztli* ("arte náhuatl de criar y educar hombres"). Pasando por encima de toda diferencia social: "no se veía su

linaje" (...) se fijaban en lo más elevado del hombre, su persona: "su corazón bueno, humano y firme" (...) y si se traslucía que "tenía a Dios en su corazón" (...) y que era "sabio en las cosas divinas" (...) era elegido por sacerdote supremo y recibía el título de Quetzalcóatl, símbolo náhuatl del saber y de todo lo bueno que abarca el término Toltecáyotl, entendido abstracta y colectivamente a la vez: Toltequidad." (Ver, LEÓN-PORTILLA, Ibidem, P. 230).

4 LEÓN-PORTILLA, M. *La filosofía náhuatl* op. cit. P. 393.

5 LEÓN-PORTILLA, M. *Quetzalcóatl*, FCE, México, 1968, P. 13.

6 LEÓN-PORTILLA, M. *La filosofía náhuatl* op. cit. P. 393.

7 LEÓN-PORTILLA, M. *Quetzalcóatl*, op. cit. P. 12.

8 MARTÍNEZ, J. L. *Nezahualcōyotl, vida y obra*, FCE, México 1975, P. 7.

9 LEÓN-PORTILLA, M. *Quetzalcóatl* op. cit. P. 7.

10 Adela Fernández, estudiosa de la lengua náhuatl, afirma que Quetzalcóatl "es uno de los cuatro primeros hijos de la pareja creadora. Es el creador de la quinta humanidad, la de la era actual. Para ello baja al infierno acompañado de *Xolotl*, una de sus manifestaciones, y roba los huesos de los antepasados a *Mictlantēchtli*, "dios de la muerte", luego los muele en un mortero y se sangra el miembro genital para darles vida. Es sostenedor del cielo, después de

haberse derrumbado por el diluvio. Descubre el maíz a los hombres. Es una de las deidades en la que se sintetiza la abstracción de la dualidad: unión de lo celeste con lo terrestre, de la materia y del espíritu". Cfr. A. FERNÁNDEZ, *Diccionario ritual de voces náhuas*, Panorama editorial, México 1996, Pp. 106-107.

11 *Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl*: "1 Caña, nuestro príncipe bastión de justicia, serpiente Emplumada, héroe cultural deificado, hijo de *Mixcoatl* y de *Chimalma*, quien quedó preñada al tragarse un jade. Es el tlatoani más importante de Tula, entronizado en la fecha 3 Caña que puede ser el año 873, 925 o 977 d. C., según el Códice Chimalpopoca. Los conceptos mitológicos encerrados en Quetzalcóatl-dios como ordenador del equilibrio entre lo material y espiritual, influyen en Quetzalcóatl-hombre, quien crea toda una mística difundida en Mesoamérica. A través de su doctrina prohíbe los sacrificios humanos e incrementa el autosacrificio; impone severa autodisciplina y cruentos castigos para los transgresores de las normas morales". (Ver, A. FERNÁNDEZ, *Diccionario...*, P. 160).

12 LEÓN-PORTILLA, M, *Los antiguos mexicanos* op. cit. Pp. 141-142.

13 Citado por LEÓN-PORTILLA, M, *Quetzalcóatl* op. cit. P. 19.

14 Citado por LEÓN-PORTILLA,

M, *Ibidem*, Pp. 22-23.

15 GEOFFROY RIVAS, P, "*La poesía mágica de los nahuas*", en *Cultura*, No. 31, Enero-marzo El Salvador 1964, P. 30.

16 Tula-Xicocotitlán, capital de los toltecas que vio su esplendor entre los siglos IX al XII d.C. Centro de un segundo brote cultural en la zona mesoamericana, luego de la misteriosa desaparición de los grandes centros ceremoniales mayas como Teotihuacán, Tikal, Copán y Uaxactún.

17 Citado por LEÓN-PORTILLA, M, *Quetzalcóatl* op. cit. P. 26.

18 Ver, A. FERNÁNDEZ, *Diccionario* op. cit. pp. 35-36; León-Portilla, *Los antiguos mexicanos* op cit. P.170.

19 LEÓN-PORTILLA, M, *Los antiguos mexicanos*, op cit. P. 170.

20 LEÓN-PORTILLA, M, *La filosofía náhuatl*, op cit. Pp. 124-125.

21 LEÓN-PORTILLA, M *Ibidem*..., P. 126.

22 Citado por LEÓN-PORTILLA, M, *Quetzalcóatl*, op cit, P. 32.

23 LEÓN-PORTILLA, M, *Los antiguos mexicanos*, op cit. P. 116.

24 Citado por LEÓN-PORTILLA, M, *Ibidem*, P. 122.

25 "Diremos sólo que *verdad*, en náhuatl, *neltiliztli* —apunta León-Portilla—, es término derivado del mismo radical que *tla-nélhuatl*: raíz, del que a su vez directamente se deriva: *nelhuáyotl*: *cimiento*, *fundamento*. No es, por tanto, mera hipótesis el afirmar que la sílaba

temática NEL connota originalmente la idea de "fijación sólida o enraizamiento profundo". En relación con esto, puede, pues, decirse que etimológicamente *verdad*, entre los nahuas, era en su forma abstracta (*neltiliztli*) la cualidad de estar firme, bien cimentado o enraizado". (Ver, LEÓN-PORTILLA, M, *Los antiguos mexicanos* op cit. P. 124.

26 LEÓN-PORTILLA, M, *Ibidem*, P.128.

27 Citado por Luis Alvarenga, en *La mágica raíz*, antología de ensayos de Pedro Geoffroy Rivas, Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 1998, P. 10.